

DEHESA: NUESTRO QUERIDO GERMÁN

Breve crónica de un cocktail

ÓSCAR ALTAMIRANO

Imagino que no será necesario justificar el título de esta columna. Nuestro querido Germán forma parte del consejo editorial de esta revista, contribuye esporádicamente con algunos escritos y, además, es un buen amigo de nuestro respetable director.

Ahora bien, qué tan querido o qué tan suyo considera el lector a Germán Dehesa es un aspecto subjetivo que resulta ocioso analizar. Baste decir que nuestro querido Germán es un personaje que adora la controversia y, por lo tanto, resulta infinitamente más interesante que muchos otros escritores pretenciosos, aburridos, aparentemente serios y definitivamente incapaces de abandonar las andaderas de la chocanería, o los biberones de la erudición.

Por otro lado, Germán Dehesa es un personaje sumamente activo. Su presencia en la vida pública es constante, ya sea a través del periódico, de la radio, de la televisión, o bien, del escenario –espacio donde para su desdicha (y la mía) nos conocimos.

Evidentemente (como todo personaje expuesto a la opinión pública) Germán tiene sus detractores y sus defensores. Básicamente, los primeros y más radicales piensan que sólo escribe sobre su familia; otros, no tan radicales, piensan que en sus artículos predomina una tendencia hacia lo irrelevante, y unos cuantos más están convencidos de que su prosa es muy complicada, su tono un tanto melodramático y su ironía, a veces, resulta innecesaria. Germán no sólo está consciente de todas estas opiniones; en parte las padece, en parte las provoca, en parte las aprovecha, en parte las considera refutables y, en algún momento, llegó a recomendarle a un lector desesperado un remedio casero que consiste en aplicarse unos "chiquiadores de papa criolla" y unos "asientos de pulque" para incrementar la potencia intelectual y agilizar la lectura. Qué se siente cuando se los pone uno? Pregúntenle a Germán: "Si a mí me sirven para escribir –le dijo a su lector–no veo por qué no han de servirle para leer." Dentro del segundo grupo las opiniones coinciden en que Germán tiene un gran sentido del humor, un carisma envidiable, un ingenio muy agudo y, además, desempeña una buena crítica social sin dejar de ser ameno (para estos lectores no ha recomendado todavía ningún remedio, y no es factible que lo haga).

Ahora bien, al margen de estos dos grupos podemos detectar un tercer grupo de lectores que forjan su propia opinión; aceptan y rechazan algunas de las opiniones de cada grupo, agregan algunas impresiones personales y, mezclándolas (sin agitar) obtienen su cocktail.

Personalmente me considero aficionado al Dehesa's Cocktail.

¿A qué me sabe? Esta es una pregunta que intentaré responder más adelante, después de hacer un breve recuento de algunas de las experiencias que moldearon mi receta. Quien imagine que por el hecho de conocerlo el aroma de mi cocktail estará impregnado de un perfume benevolente, se equivoca. La subjetividad que domina mi percepción de Germán Dehesa no podría ser más objetiva.

En primer lugar, a Germán Dehesa le debo el primero de muchos de los ridículos que hice en el escenario. En segundo lugar, le debo el único apodo que el gremio concibió para mí y que, por supuesto, no pienso revelar. En tercer lugar, su agudeza me convirtió en el blanco perfecto de las agudezas del resto de su compañía teatral y, en cuarto lugar, los honorarios que recibí durante mi participación de milagro cubrieron mi transporte durante las funciones.

Bien, todas estas experiencias afluyen en mi cocktail, y la primera de ellas se remonta a la época en la cual El Unicornio era todavía tan (des)conocido como El Delfos. El lugar, aunque agradable, no podríamos decir que se caracterizaba por su ubicación. Además, para llegar, o para salir, de la calle tenía uno que circular en sentido contrario. Tampoco podríamos decir que el escenario era amplio, o su equipo de iluminación un alarde de la tecnología moderna. Sólo había un par de focos (a cuarenta centímetros del rostro ensopado de los actores), un banquito, y un podio. Los espectadores consumidores de cubas libres y chalupas se sentaban en unas sillas de palo incomodísimas, admirablemente dispuestas para que, durante la mitad de la función, o le dieran la espalda a los actores o se torcieran el cuello; quince minutos de un lado y quince minutos del otro. Luego, en la parte superior del predio délfico ¡los camerinos! ¿Se me dirá que exagero si digo que la bodega, la sala de juntas, las oficinas y los baños se fusionaban fantásticamente media hora antes de la función? Para nada. Las mujeres entraban y salían corriendo del baño en pleno "sin palabras". Los hombres, con el rostro pintarrajeado, también sin palabras, circulaban de un lado a otro mientras se escuchaban los portazos. Luego, Germán acaparaba el baño, hacía sus "abluciones", se ponía su corbata fálica según la etiqueta fetichista más rigurosa, y partía rumbo al escenario donde, meses después, con labios rojo rubí, "la Hillary" interpretaría sus canciones mexicanas favoritas con una ligera variante hacia los cánticos gregorianos.

Pues ni las abluciones de Germán, ni las mías, ni el advenimiento de Hillary limpiaron nuestra fortuna el día de mi debut. A media función, mi personaje (Indiana Jones), después de esperar tras bambalinas (léase patio de concreto) y resistir el frío durante media hora, tenía que entrar a escena en un repentino "oscuro". Acto seguido, debía iniciar un largo discurso que contenía ya el germen de la prosa de Germán, cuyo estilo tanto habría de disgustar al lector de los "chiquiadores de papa criolla con asientos de pulque". Pues bien, me preparo para entrar a escena y, el discurso, virtualmente inmemorable, se me desvanece de los archivos con el oscuro repentino. ¿Debo describir mi sensación de pánico? No. ¿Debo describir la expresión del Quelite Jackson? Tampoco. ¿La de Germán? Imposible. No las recuerdo. Sólo sé que todos comenzaron a improvisar. Poco a poco fui recuperando la memoria, pero, desde ese instante, tomando un poquito de aquí, y otro poquito de allá, compuse mi primer Dehesas cocktail. ¿A qué me supo? Pregúntenle a Germán porque yo ni quiero acordarme. Sólo puedo asegurar que el trago le debió parecer muy amargo a 61, porque, entre otras cosas, le choca que le alteren sus parlamentos. En cuanto

al ridículo que hice y la posibilidad de habérmelo ahorrado, afirmo que hubiera llegado al extremo de ponerme unos chiqueadores de engrudo con tal de fijar la memoria.

Ahora pasemos al siguiente suceso y dejemos a un lado la cuestión de mi apodo.

Sólo diré que este último está relacionado con una absurda vestimenta cien por ciento poliéster, blanca, la cual me vi obligado a usar durante toda una temporada (a causa del agudo ingenio de nuestro querido Germán) misma debía completarse y que con unos zapatos tenis, muy blancos. En esta ocasión la escenificación tuvo lugar en el foro Gandhi, tanto o más incómodo que el Delfos (y ni siquiera se podían pedir cubas libres).

Pues bien, nuestro querido Germán, habiendo notado mi experiencia en el poca arte de memorizar su prosa, pero convencido de que mi tenacidad ameritaba una segunda oportunidad, optó por darme un papelito con cero parlamentos, compensado, no obstante, con varios boleros que debía cantar junto con otro actor, casi tan imbécil como yo, y dos músicos más que completaban el cuarteto, entre ellos nuestro querido Mario Ardila, que en paz descanse. Puesto que ni mi imbécil colega ni yo nos graduamos en la secta de Luis de Tavira, quedará claro que no sabíamos nada de acrobacia, desconocíamos completo por las interconexiones-espíritu-vivenciales, lúdicas, no lúdicas, oníricas y no oníricas (que suelen ser indispensables en toda interpretación filigrana), y, para colmo, no teníamos ni la más remota idea de lo que significaba solfear. Sin duda por esta razón Germán dotó a mi compañero de unas maracas y a mí de un güiro.

A partir de ese momento, para hablar en parábola, mis tenis se volvieron blancos; blancos fáciles para las agudezas de todos. La absurda vestimenta no me permitía desplazarme con la ligereza y el encanto obtenidos a la fuerza en mis clases de danza, y las mangas interminables me impedían tocar el güiro. Era la noche de estreno. Mi objetivo: restaurar la reputación. El resultado: un fracaso. El palito que se utiliza para hacer sonar el güiro (y que si tiene un nombre no sé cuál es) de en medio del nerviosismo pronto, resbaló desde mi mano hasta la manga de mi vestuario para adentrarse cada vez más en la medida en que me esforzaba por recuperarlo. No tuve más remedio que accionar el güiro como si fuera una maraca de viento: dos pasitos para adelante: dos agitaditas, un pasito para atrás: una agitadita.

De pronto, tras bambalinas, un par de ojos exorbitados me observan desdeñosamente al tiempo que su dueño menea la cabeza (brillante como una bola de billar), para expresar una absoluto reprobación. Mientras tanto, Mario Ardila tocaba la guitarra con un ritmazo que estuvo a punto de perder cuando se percató de mi virtuosismo.

Esta idiotez, porque reconozco que se trata de una anécdota idiota, me convirtió en la botana de Germán por muchos meses, y quienes afirman que a él "le encanta andarse botaneando a todo el mundo", pues tiene toda la razón, aún a pesar de que no "todo el mundo" imagina lo que significa ser la botana de Germán durante cincuenta funciones. Pasemos ahora a lo de mi cocktail: Primero (y como ustedes como podrán prenderlo) debo decir que a Germán lo prefiero leído, o en el escenario; nunca entre bambalinas. En el estudio de televisión, si tiene ánimo de botanearse al invitado, imagino que ha de ser una amenaza potencializada por lo "masivo" del medio.

En cuanto a la radio, sospecho Germán tendrá un hígado muy resistente porque la mitad de las llamadas que recibe son para darle pésimas noticias. Y, por último, su "Gaceta del Ángel" me parece (independientemente de los caricaturistas) una de las columnas poquísimas que pueden arrancarle a uno la carcajada. Sin la Gaceta de Germán en el periódico Reforma, la ligereza quedaría reducida al expresionismo loaeziano y, entonces sí, como diría el propio Germán... ¡Omaigod! Segundo, más que un martíni o una margarita, creo que mi cocktail se parece más a un vuelve a la vida (sin ostión). Si se come en exceso tiende a empachar; después de una borrachera es ideal; si se consume diariamente quiere decir que uno lleva una vida sexual inmejorable (o por lo menos se tiene la firme intención de complacer al cónyuge). Por último, si no se consume, puede ser por cualquiera de las siguientes razones: a) se es vegetariano; b) el colesterol rebasa los índices aconsejables; c) se tiene la débil intención de conservar el celibato; d) se teme que los "chiquiadores" provoquen escozor; e) se prefieren los ostiones Rockefeller.

¿Hoy toca?